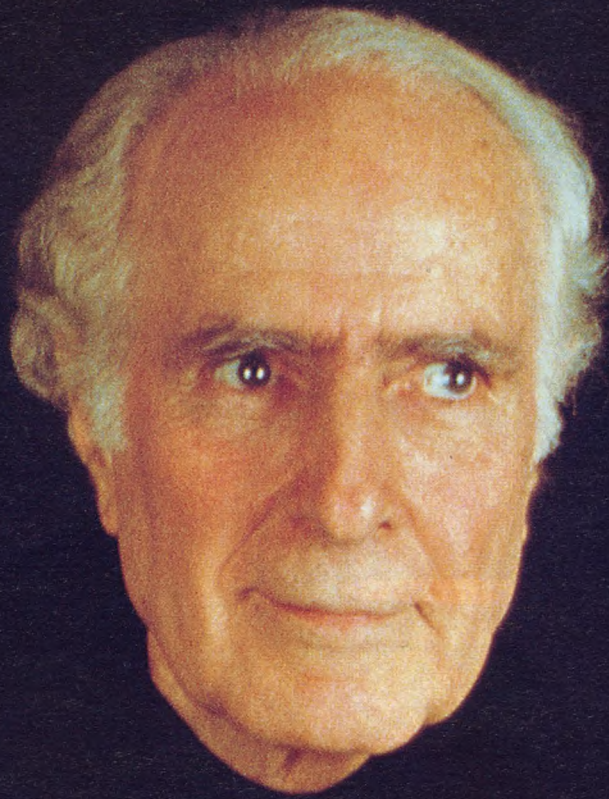


CARAS - ABRIL 1997

retrato
hablado



NEMESIO ANTÚNEZ

El arcángel sentimental

por Pablo Azócar

Soy feliz, soy feliz”, dijo y repitió Nemesio Antúnez. Con esa convicción se despidió del mundo hace cuatro años, mirando los geranios de su ventana. Moría bien, digno, sereno. Pero algo lo trabajaba dentro en esas horas finales. Una deuda, una herida: su hermano menor, Enrique. Tan lejos, siempre. (Y lejos, sobre todo, en un sentido metafísico). Apenas si se hablaron en los últimos años. Los pormenores intestinos de ese duelo filial quedarán sólo con ellos, como un secreto. Pero uno puede sospechar, desde la periferia, que Nemesio —después de todo, un gran sentimental— llevó consigo ese distanciamiento como una espina, hasta el último soplo.

Cúidate de tu doble, pues conoce tu sangre, anotó Bioy Casares. Los hermanos Nemesio y Enrique tenían un parecido físico sorprendente. Los dos, es-

pagados —bordeando el metro noventa— y flacos. Bajo las cejas espesas, la mirada idéntica. Un timbre de voz exasperantemente parecido. La nariz, los pómulos: iguales. Con los años, otro sello común: la calva brillante, el pelo blanco (un poco algodónado) en las sienes.

Como si fuera poco: ambos fueron pintores, de fuste y renombre.

En un libro emotivo y certero, *Conversaciones con Nemesio Antúnez*, la periodista Patricia Verdugo —quien acompañó y recogió el testimonio del pintor en el periplo final, hasta antes de su muerte— consignó: “Nemesio, el mayor, y Enrique —el tercero— escribirían sus nombres en los anales imborrables del arte. Sólo que Enrique optaría luego por el apellido materno —Zañartu— y pondría algo más que miles de kilómetros de distancia como foso insondable e imposible de cruzar. Nemesio no quería hablar de esa relación fraterna, como tampoco podía abrir los intrincados pliegues de la relación con su madre”.

Es el primer dato: Nemesio se conmovía cuando recordaba a su padre (“fue un coloso, un gran querendón”); a su madre, por el contrario, la evocaba gélida, parca, distante; de ella apenas rescataba su belleza legendaria. En cambio, Enrique apostó por mamá: eligió quedarse con su apellido, y desechar el Antúnez paterno.

Pero había más: Nemesio Antúnez era expansivo, bonachón, generoso, optimista, comunicativo; Enrique Zañartu es —afirman sus amigos con orgullo— más bien huraño, receloso, sarcástico, reconcentrado, escéptico. Nemesio reivindicó su chilenidad hasta la muerte (una chilenidad de congrio, de corte

que jurar felicidad fuese un modo como cualquier otro de dar gracias a la vida, ni más ni menos. Nemesio era, básicamente, un tipo con ángel (¿no es este retrato la imagen, algo irónica, de un arcángel?), un aristócrata sin alardes, sencillote, transparente, poco solemne, talentoso, ingenuo, pícaro, fino, pudoroso, de pocas palabras, y con un sentido del humor a toda prueba.

Siempre sintió que la vida le estaba dando mucho. Nunca dejó de asombrarle haber tenido tantos privilegios. Desde los tiempos de la infancia, los largos veraneos a Viña, las institutrices francesas, las postales europeas —de cuadros, de pintores, de museos— que reunía como reliquias.

Nemesio era, básicamente, un tipo con ángel (¿no es este retrato la imagen, algo irónica, de un arcángel?), un aristócrata sin alardes, sencillote, transparente, poco solemne, talentoso, ingenuo, pícaro, fino, pudoroso, de pocas palabras, y con un sentido del humor a toda prueba.

Su propia vida puede ser mirada, a vuelo de pájaro, como postales, destellos, manchas de acuarela. La primera: Nemesio es “un joven mazapán de 17 años” —según propia definición— cuando gana un concurso de oratoria en el colegio, y el premio es Europa. Durante 45 días viaja a bordo de un barco de carga, caletero, el *Alabama*. Nemesio es una especie de mascota de los marineros, que en cada puerto se extravían en bares y puteríos (él, casto, espera afuera, o eso dice). Luego permanece 10 meses en París, en casa de un tío francés algo tarambana: Nemesio diría después que lo que vio y absorbió y olió en ese viaje resultaría determinante para su ulterior vocación de artista.

Postales de Nemesio. Inicialmente cede a las presiones de su padre, un corredor de bienes raíces, y estudia arquitectura (carrera de la cual más tarde obtiene incluso un posgrado en Estados Unidos), pero en el camino las acuarelas comienzan a chorrrearle por todos lados. Caso perdido. El arquitecto no diseñará una sola casa en toda su vida.

Más adelante lo vemos por primera vez viviendo en Nueva York. O sobreviviendo. Orgulloso, se niega a pedir ayuda a Santiago. Ejerce como pintor de brocha gorda, como decorador de vitrinas, como diagramador. Frecuenta artistas como Pollock, Gorky, Noguchi, su primo Matta. Participa en el mítico Atelier 17, que dirige Stanley William Hayter, donde descubre, como una epifanía, las planchas de cobre, las prensas, los ácidos, los barnices, los buriles: el grabado. Entremedio, se enamora a primera vista en el puerto de Nueva York, se casa, tiene dos hijos con Inés Figueroa. (El tercero lo tendría con su mujer definitiva, Patricia Velasco, artista boliviana, bella y

menta con LSD y jura estar cara a cara con Van Gogh. Tiene una gata a la que llama *Perro*. A veces, medio jugando, hace de actor: de gáster, de Balmaceda; actúa en películas de Raúl Ruiz, de Costa-Gavras. Arrienda una casa en la calle Guardia Vieja 99 y, a la manera de Hayter, funda el Taller 99, que haría historia; introduce, en la práctica, el grabado en el país. Roser Bru, Eduardo Vilches, Santos Chávez y muchos otros connotados participan del proyecto. También Delia del Carril, *la Hormigueta*, llevada por Nemesio al taller en lo más profundo del naufragio después de ser abandonada por Neruda.

En 1957, Nemesio gana un premio en la Biental

de Sao Paulo: se inicia el reconocimiento internacional. Pero él, por sobre todo, está feliz con su retorno al país: “Alguien dijo que no existe la pintura chilena. Es cierto. Pero existen los pintores chilenos que pintan Chile”. Sus viejos y obsesivos temas —parejas arracimadas en un tango, bicicletas neuróticas, tenedores, volantines, manteles cuadriculados de bistró francés, canchas desoladas, camas, muchas camas— comienzan a llenarse de volcanes, de cordilleras, de terremotos. “Mi pintura es casi una biografía de mi vida. Las bicicletas evocan mis tiempos de la infancia, de vacaciones, cuando andábamos apatotados, en pandilla, en bicicleta. Los volantines vienen de los tiempos de la universidad, cuando nos íbamos a Lo Curro a encumbrar. En Nueva York pinté esos seres anónimos y solitarios, en París los manteles, y en Chile, lagos, bosques, inmensidad”.

Cuando viene el golpe militar, el cariz biográfico se hace aún más manifiesto. Pinta *Estadio negro*, *Moneda ardiendo*, *Carta luto*, *Neruda y su lluvia*, *Lonquén*, *Pobladores*. Nemesio descrea de los panfletos, pero sabe que el momento es de desgarrar y compromiso. Tras un exilio de algunos años, retorna y se incorpora a la oposición. En una escuela de verano, en Mendoza, de pronto lo levantan en andas. “Se siente, se siente, Nemesio presidente”, claman todos. Y las mujeres: “Antúnez, Antúnez, orgasmo hasta el lunes”. Risas. Fiesta. La revista *Apsi* lo saca después en la portada con la banda presidencial.

Pero ha habido antes, bastante antes, una inflexión: en 1961 es nombrado director del Museo de Arte Contemporáneo. Lo hace muy bien. Entre muchas otras cosas, lleva el museo a las poblaciones, y trae la muestra más importante que ha llegado nunca al país: *De Cézanne a Miró*. Después, 1965: agregado cultural en Nueva York. Y más, 1969: director del Museo de Bellas Artes, que era un mausoleo y él lo transforma en un espacio abierto, regurgitante, vital, con música, cafeterías, debate.

Sin duda: con su vocación demagógica de mayorías, el Nemesio-hombre-público funciona, y bien, como queda de manifiesto en su programa de televisión *Ojo con el arte*, que sólo es interrumpido con el golpe militar. Lo retoma casi dos décadas después, cuando pierde Pinochet, con la frase: “Como decíamos ayer...”. Y también reemprende lo del museo. La *polis* lo llama. La gente lo pide, lo busca. El hombre de acción, en esos últimos años, acaba fagocitando casi del todo al hombre de contemplación. Nemesio se ve feliz, lleno de ideas. Pero se queja de falta de tiempo y de soledad. Ya no pinta, casi. Y su hermano Enrique lo mira desde lejos, y nadie sabe lo que piensa. ■

El Nemesio-hombre-público funciona, y bien, como queda de manifiesto en su programa de televisión *Ojo con el arte*, que sólo es interrumpido con el golpe militar. Lo retoma casi dos décadas después, cuando pierde Pinochet, con la frase: “Como decíamos ayer...”.

nerudiano); Enrique vive contento en París y ha dicho no tener el menor interés en volver al paisito. Nemesio acabó por asumir cabalmente su condición de hombre público; Enrique optó por vivir hacia adentro, o cuando menos, poco visible. Nemesio era un as en la televisión; Enrique desconfía de los periodistas y de la prensa como de la peste.

Desde afuera, no podemos saber mucho más, y acaso sea mejor así: todo el resto es misterio; o sea, literatura.

un joven mazapán

Pero en el fondo quién es feliz, decía Vecchioni. Y Nemesio seguramente lo sabía. Lo más probable es

misteriosa, 22 años menor).

Nemesio no se detiene. No fuma cigarrillos, pero aspira trementina el día entero. Se encuentra con Einstein, conoce a Picasso, asesora a Miró, se hace amigo de Neruda. En *Carta aérea a mi hijo Pablo*, evoca cuando Neruda lo acogió, en México, y no tenía mucho espacio: inventaron una cama dentro del clóset del poeta. Un mes y medio durmió con su metro noventa en ese clóset, que felizmente tenía ventilación. “Pablo estaba enfermo, con gota, pero nos reímos mucho. Antes de salir de mi cuarto, yo gritaba: ‘Habla el pintor del clóset, ¿puedo salir?’”.

Nemesio vuelve a Chile con una vieja prensa francesa y la cabeza llena de volantines. Un día experi-